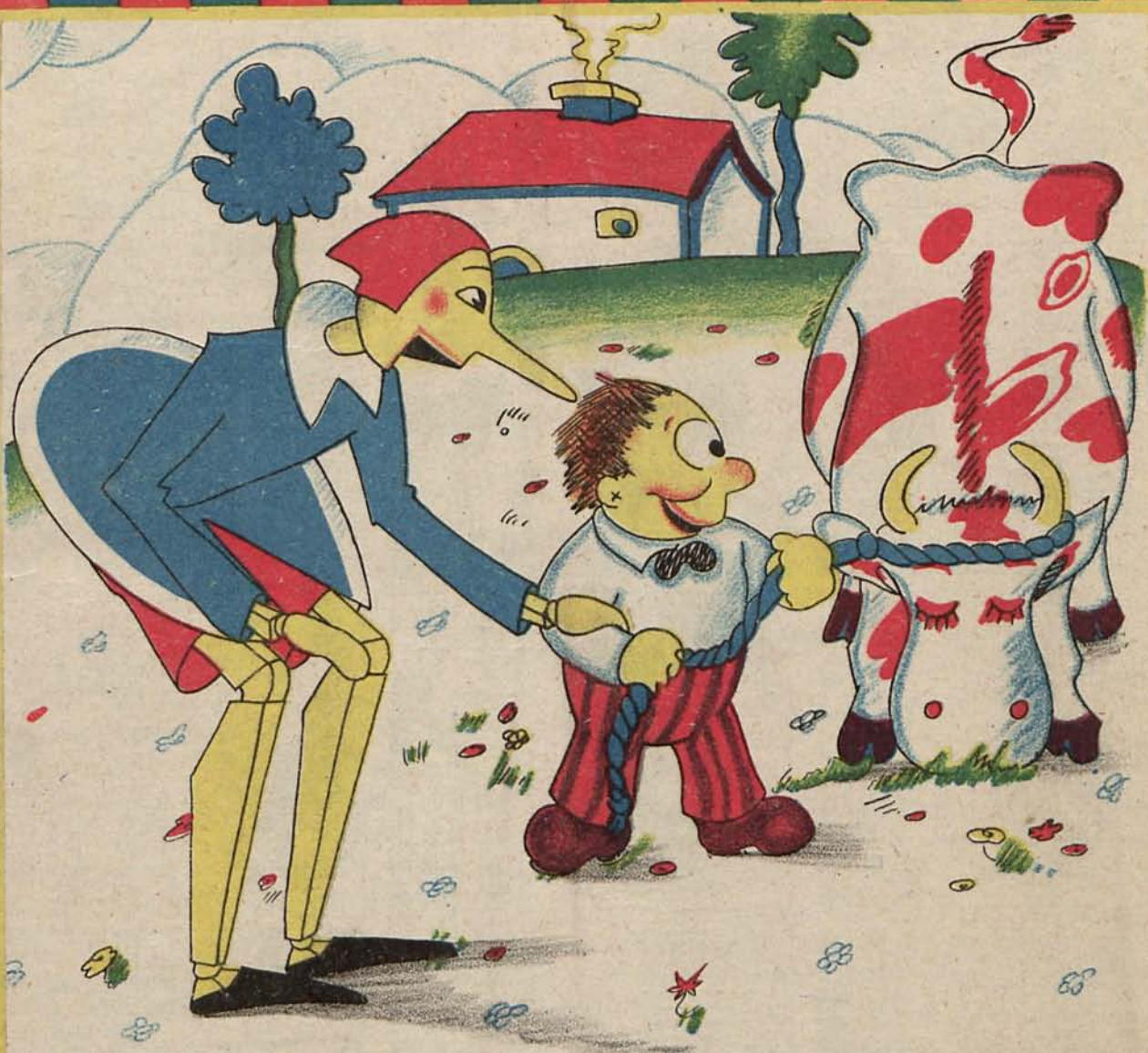


# PINOCHO

AÑO. V  
NUM. 238

25 cts

8 SETIEMBRE  
1929



- ¿ES MANSA?  
- CON LOS QUE CONOCE SÍ!  
- OYE; PUES DILA QUE SOY PINOCHO!

# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIÁN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.

## La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





# EL PARALELO 28°17'

POR E. GIOVANOLA Y A. M. BARBIERI

(Continuación)

—Sin duda, querido....— me objetó el abogado, burlón impeni-

tente—. En la Riviera... del Océano Índico. Por lo demás, los motivos de... salud están sobradamente justificados. ¡Cáspita! ¡Más que justificados!

—Pero, bueno, ahora, con esta carta, podemos denunciar el caso a las autoridades judiciales, acusar a Fayollet de complicidad con Kōwaes, y hacer cerrar el Banco.

—No me parece aconsejable; al menos por el momento. Tampoco Ralph ha creído oportuno hacerlo. He aquí, para confirmarlo, lo que escribe en el resto de su carta...

—¡Un instante! Hay otro punto sobre el que deseo oír tus explicaciones. ¿Cómo interpretas tú lo del frac que lucían nuestros dos perseguidores?

—¡Bah! con la más natural de las hipótesis. Se hallaban los dos en un banquete, en una reunión, en Dios sabe qué casa—¡porque quisiera en verdad saber en cuál de los salones parisienses es recibido don Segismundo Kōwaes!—cuando repentinamente les fué anunciado vuestra salida... Se ve que ellos no la creían tan inmediata... Y no deben de haber tenido tiempo de hacer ni siquiera los más elementales preparativos. Y así ocurrió que se vieran obligados a viajar de frac, el ideal de los trajes de viaje...

—¿Y el otro, el presunto Foichant?

—Ese debe de vivir en alguno de aquellos países... a juzgar, al menos, por su traje colonial. Por otra parte, esto parece confirmado por los informes de Ralph.

—Adelante. Léelos.

El abogado tiró en el cenicero el cigarrillo que se le había apagado entre los dedos, se aseguró los lentes en la nariz y continuó la lectura:

«La carta desconcertante nos hizo el efecto de un mazazo en la cabeza. ¡Segismundo Kōwaes! ¡Voto a todos los acorazados ingleses! El ladrón mundial, el pícaro fichado, el perseguido por todos los policías de Europa y América, el fantástico autor de los robos más célebres y en mayor escala de estos últimos años, ¡era uno de nuestros competidores! Así pues, el robo del Arsenal ¿era otra de las empresas de Segismundo Kōwaes? ¿De modo que teníamos a Segismundo Kōwaes pisándonos los talones? ¡Era para volverse loco! ¿Cómo huir de su persecución, y cómo impedirle toda acción encaminada a hacer nulas nuestras pesquisas, si él es, como dicen, omnipotente, y tan consumado en el arte de desvalijar al prójimo?

»—Por el momento—según espontánea y recíproca confesión—nos sentimos como anodados. Solo más tarde, en la paz de mi habitación, a donde nos retiramos para adoptar de común acuerdo una línea de conducta, se deliberó sobre lo que debíamos hacer. Excluida *a priori* la oportunidad de denunciar a Kōwaes y a sus cómplices ante las autoridades de Aden, lo que nos habría obligado a revelar las causas de la persecución y a perder días quizá preciosos para nuestras investigaciones, se decidió proseguir cada uno en su cometido como si nada hubiera pasado, teniendo, no obstante, presente siempre que todos aquellos señores, cuyos nombres obsesionaban nuestra mente—Fayollet, Foichant, Facy, Armagnac, Kōwaes—visibles o invisibles nos seguirán y espiarán por donde quiera para poder oponérsenos en el campo de acción e impedir que los inestimables

y peligrosos papeles vengan al fin a caer en nuestras manos.

»—Es decir—observó James tomando rápidos apuntes en su cuaderno—que nada de denuncia, nada de ruido. Lo mejor es escurrirse, sin que se entere el señor Kōwaes. Yo me iré mañana sin más preparativos, y vosotros seguiréis a vuestra vez el itinerario fijado. Os recomiendo que empleéis la mayor prudencia.

»—¡Qué me vienes a predicar a mí prudencia!—salió diciendo a tal punto el ingenuo fanfarrón de Fritz, nuestro buen camarada—No se me venga a las manos el señor Kōwaes si no quiere dar por terminada su carrera.

—¡Bah!—exclamamos nosotros.

»—¡Qué queréis! Tengo un presentimiento. Lo he tenido siempre desde que me he encontrado en este asunto. Se me ha metido en la cabeza que ese Larouchy debe de estar en la Colonia del Cabo; lo juraría. ¡Ya veréis! A mí me va a tocar hacerme con los papeles del arrepentido y... ¡vive Dios!... también con los billetes de mil prometidos al que capture a Kōwaes.

»—Eso, a decir verdad, no te lo profetizo—dijo James con absoluta convicción.

»—¿Y por qué? ¿Tú qué crees?

»—Yo no creo nada. Pero Kōwaes es un zorro viejo, y defendería a un tiempo su vida y su libertad. Y ahora que ha olfateado la sangre por primera vez ¡figúrate! ¡Pobre Fritz!

»—¡Qué pobre ni qué ocho cuartos! Por lo pronto, gracias por el pronóstico.

»—No es eso;—intervine yo—James quiere ponerte en guardia. Digas lo que quieras, la prudencia es indispensable para el buen desempeño de esta empresa.

»—Primero estaría yo dispuesto a apostar—prosiguió James—que Fayollet me hará compañía hasta Ceilán, y tal vez hasta Australia.

»Fritz, resentido aun por la indiferencia de James hacia su corazonada, no demostró hallarse muy persuadido de aquella aseveración.

»—Y ¿de qué lo deduces?—preguntó.

»—De la circunstancia de hacerse expedir las

cartas a Colombo. Ya os tendré al corriente, de todos modos.

»James partió, pues, a la mañana siguiente, y nosotros, después de haber vagado un poco a lo largo de la playa hasta rebasar los baños, nos trasladamos al Ricke-House para el almuerzo. De Fayollet, conforme habíamos previsto, ni sombra. Por la tarde, telegrafiamos a James este detalle, en despacho cifrado, a Colombo, según acuerdo. Más tarde, acompañé yo a Fritz al vapor, y me quedé en el muelle hasta la hora de levar anclas. Volví entonces a mi alojamiento, un tanto melancólico al verme solo, y pensando en los últimos acontecimientos.

»Pero todavía no estaba al cabo de mis aventuras. Hallábame en el *hall* aguardando la hora de comer, y hojeaba distraídamente los periódicos que allí había al servicio de los huéspedes, cuando ví entrar a un hombre bajito y rechoncho, vestido de tela burda, con las piernas ceñidas por polainas de cuero y cubierta la cabeza con un capacete de corcho. Se dirigió hacia el secretario, que estaba inclinado sobre sus libros detrás de la ventanilla de cristales de su despacho, a pocos pasos del sitio en que me hallaba yo sentado indolentemente en una cómoda butaca de mimbres, y con voz que llegó a mí oído clara y distinta, le dijo:

»—Dispénseme, pero...

»El secretario se le quedó mirando fijo en espera de la pregunta.

»—El señor Fayollet, procedente de París, ¿para o ha parado aquí?

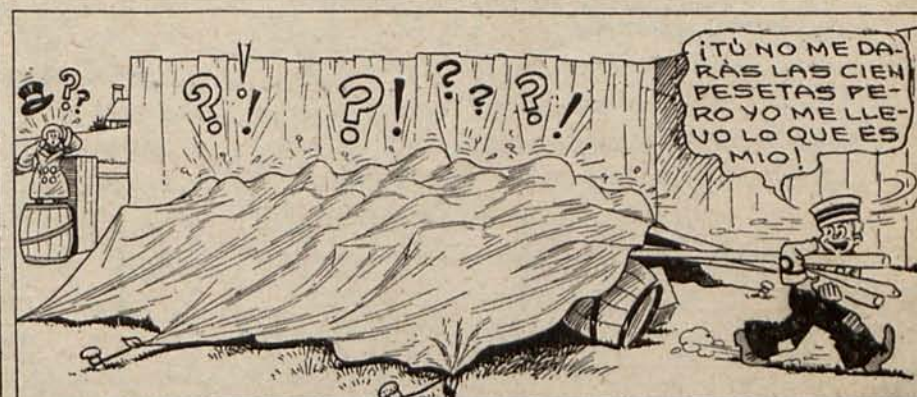
»—No me parece—contestó el otro hojeando rápidamente uno de sus registros. Y luego, agregó:—No, lo siento. No hay ningún Fayollet. Hasta la vista, caballero.

—El señor del traje colonial dió las gracias y se volvió para marcharse. Pero yo, convencido de habérmelas con otro de los de la partida, quise entrometerme, aun a riesgo de faltar a mis propósitos de prudencia. Me arranqué, pues, al amoroso abrazo del silloncito, y después de dar dos o tres pasos me encontré al lado del desconocido.

(Continuará en el próximo número)



# COLORÍN y su PANDILLA



# La capitana del "Columbia"

por E. Algará



(Continuación)

la garganta de la chimenea arrastrado erizadas a las llamas y cenizas del hogar.

—¿No oyes nada, Anita?—preguntaba el anciano de vez en cuando.

—No, padre—respondía la hija.

—Sin embargo, mi instinto me dice que esa nave se encuentra en muy grave peligro. Las corrientes de Nueva Escocia son muy difíciles de vencer cuando sopla el viento del Este y los veleros no pueden resistirle.

—Quizá se haya podido poner a salvo en el puerto de Liverpool.

El capitán movió dudoso la cabeza y luego dijo:

—No, eso es imposible: eso no es capaz de hacerlo ni siquiera un buen piloto de Nueva Escocia. ¿Cómo van a poderlo hacer esos navegantes que deben ser de países muy lejanos quizá de Europa, desconociendo estas playas y con los mapas marinos tan imperfectos que aun tenemos?

En aquel momento, en medio del mugido de las olas y el ulular del viento se oyó una gran detonación con bastante claridad.

—¡El cañonazo de alarma!—gritó el viejo capitán

poniéndose en pie.—¡El buque está en peligro, Anita...!

—Pues yo iré a salvarlo, o al menos lo intentaré—respondió la valerosa mujer poniéndose el capuchón para resguardarse mejor del frío.

En el rostro del capitán se dibujo de pronto una profunda angustia. Miraba con ansiedad a su hija y vacilaba en concederle el permiso para que saliese.

—Vete—dijo al fin—Es un deber. Un marino no debe permanecer nunca insensible al grito de socorro de los navegantes en peligro. Vé, hija mía, ya que yo nada puedo hacer por ellos y Dios te bendiga.

—Iré, padre!—dijo la dama—La hija de Wilson Helen debe mostrarse siempre tan valerosa como su padre.

Se abrochó el capote, besó al anciano y salió de la casita tranquila como si tuviese que cumplir una misión ordinaria en vez de ir a desafiar a la muerte.

Cuando llegó a la orilla de la bahía halló allí a una docena de pescadores que habían acudido despertados por el estruendo de los cañonazos.

Eran los jóvenes más intrépidos y robustos del pequeño puerto, sin embargo se hallaban perplejos y





vacilantes mirando con ansiedad el oleaje que se elevaba imponente hasta las nieblas, rumoroso, desgarrando hacia el cielo girones inmensos de espuma.

—Y bien... ¿qué hacéis?—dijo Anita con voz de mando—. ¿No habéis oído el cañonazo de alarma? El barco que veíamos ayer está pidiendo socorro a los habitantes de Selburne.

—La mar está imponente—señora Helen! dijo un robusto pescador que pasaba por ser uno de los más hábiles e intrépidos de Nueva Escocia.

—La niebla además es muy espesa y por mucho cuidado que se ponga hay peligro de encallar en las escolleras — dijo otro de ellos.

—Entonces ¿pensáis dejar perecer a esos desgraciados sin socorrerles?

—exclamó Anita con acento de reproche—Botad al agua la lancha grande: yo os guiaré.

—¿Viene usted con nosotros?—dijeron asombrados los pescadores.

—Sí, ya os he dicho que yo os guiaré.

—¡Pues entonces sigamos a la capitana!—dijeron todos los pescadores.

Todos solían llamarla la *capitana*: no había allí ni uno solo entre ellos que no tuviese una fe ciega e ilimitada en la hija de Wilson Helen a quien habían visto tantas veces desafiar las tempestades del Atlántico y de quien tenían pruebas que sabía gobernar un buque grande mejor que cualquier hábil capitán.

Envalentonados por su presencia los pescadores, después de no pocos trabajos empujaron hasta el mar la lancha mayor que tenían en la playa y se embarcaron internándose en el mar remando vigorosamente.

Ana se colocó en el timón y les decía:

—¡Animo, muchachos, que los navegantes están esperando a los bravos pescadores de Selburne!

El mar se había puesto espantoso y los jóvenes de Selburne no dejaron de tener razón cuando dudaron de embarcarse para ir en socorro de aquellos navegantes. Olas gigantescas se estrellaban contra las playas de Nueva Escocia con ensordecedor estrépito, alzando en alto a la lancha para después hundirla otra vez entre sus abismos mientras las nieblas esparcidas por el viento en todas direcciones los envolvía en su manto.

No se podía aun descubrir la situación del buque,

pero por la serie de cañonazos que seguían oyéndose, Ana había calculado que se encontraría a algunas millas del Cabo de las Arenas entre un doble grupo de escolleras sumamente peligrosas contra las cuales ya se habían destrozado muchos navíos.

Los pescadores luchaban desesperadamente para vencer la corriente que rozando la costa de Nueva Escocia irrumpe con ímpetu contra los escollos causando inmensas convulsiones en aquellas profundísimas aguas.

Ana, tranquila con los ojos fijos en las olas dirigía la barca con tal pericia

que asombraba a los pescadores.

Si una montaña de agua amenazaba caer sobre la embarcación con una ágil maniobra sabía ponerla de proa evitando así que chocase contra las bandas y volcase a todos en el fondo del mar. Cuando pasada la montaña de agua se apercibía que estaban cerca de algún escollo se apresuraba a pasar de largo ordenando a los remadores:

—¡Fuerza a la derecha! o ¡fuerza a la izquierda!

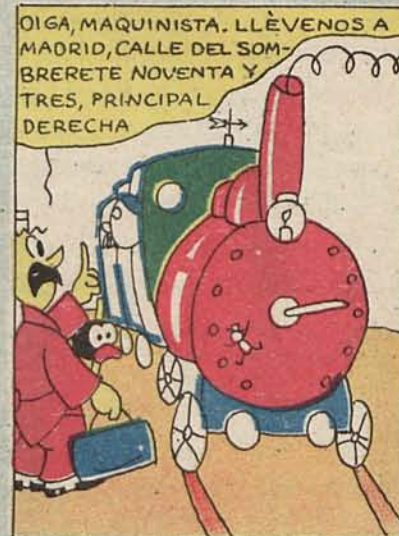
Cuando salieron del radio de la bahía la lucha con el mar adquirió caracteres tales que hacía empalidecer a todos excepto a Ana.

(Continuará en el próximo número)





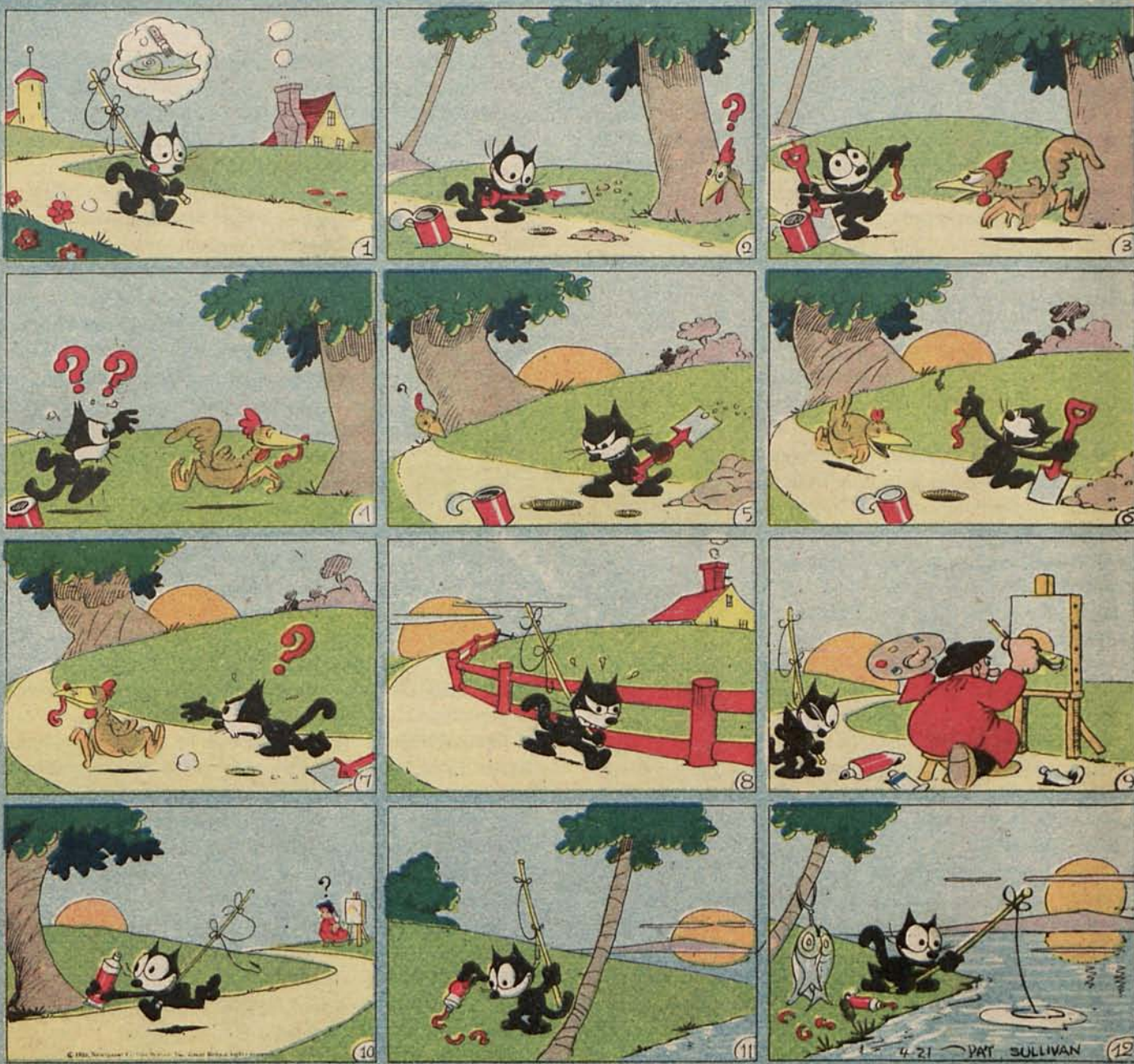
# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



**LAURA  
LA  
COTORRA  
INDISCRETA**



**PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO**



# CUENTOS DE CALLEJA

Castillo

## = EL PAVERO =



N una pequeña aldea del condado de Flandes habitaba un honrado labrador llamado Facundo, con su mujer, los cuales tenían un hijo cuyo nombre era Pablito. Facundo era muy trabajador y había inculcado a su hijo ideas de perfecta moral y de religión.

Pablito no podía ocuparse en las rudas labores del campo; pero, en cambio, se dedicaba a guardar una gran manada de pavos, que criaba con esmero para venderlos en Navidad.

Sucedió que vino un mal año en que la cosecha se perdió, y se empezó a carecer de lo más necesario en la cabaña de Facundo. En estas circunstancias, la madre enfermó, y después de una larga y costosa dolencia llegó un día en que, abrazando a su marido y a su hijo, se despidió de ellos y murió.

El padre y el hijo quedaron consternados y llorando su desgracia.

Un día Facundo dijo a Pablito:

—¿Qué será de nosotros? La enfermedad de tu pobre madre y la mala cosecha de este año nos han arruinado. No podemos pagar el arrendamiento de las tierras, y el propietario, que es duro de corazón y usurero, nos exigirá dinero o cosa que lo valga; quizá tengamos que vender nuestra humilde cabaña.

—Padre—dijo el niño—, no desmayemos. Dios es bueno, y mi madre vela desde el Cielo por nosotros.

Cumplióse el término del arrendamiento, y la cabaña, los aperos de labor, y hasta la manada de pavos, fué a poder del dueño de las tierras, el cual no quiso darles ni un sólo día de respiro; de modo que de propietarios quedaron convertidos en criados del señor.

Pablito siguió cuidando con igual celo que si fuera suya la manada de pavos, y no perdió ni uno en el monte. Un día sucedió que cuando estaba el pobre Pablito guardando los pavos se detuvo delante de él un caballero que montaba un magnífico caballo tordo, y dirigiéndose al niño le dijo:

—¿Quisieras indicarme, paverito, el castillo de los Condes?

—Con mucho gusto—contestó Pablito—. No tenéis más que seguir ese sendero de la derecha; al llegar a la umbría encon-

traréis un puente, y luego una alameda de filos: cerca de esa alameda está el castillo de los Condes, mis amos.

—Mira, paverito: ¿no podías acompañarme y guiarme tú mismo?

—Señor—contestó Pablito—, con mucho gusto lo haría; pero me es imposible dejar la manada de pavos que han confiado a mi custodia.

—Si me acompañas, te daré esta moneda de cuatro duros con la cual podrás remediar tus necesidades.

—Lo que me ofrecéis es tentador; pero por todo el oro del mundo no faltaré a mis deberes.

Viendo el caballero que no podía sacar partido de Pablito, puso a galope su caballo y se dirigió al palacio de los Condes.

Pablito quedó satisfecho de su propia conducta; y aunque la moneda que le ofreció el caballero hubiera remediado parte de su miseria, no obstante, creyó que el deber y la obligación eran lo primero.

Al siguiente día, cuando se preparaba a comer su frugal alimento, se le acercó un mendigo que con voz suplicante le dijo:

—¡Estoy muerto de hambre; hace tres días que no he comido! ¡Dame un pedazo de pan, por amor de Dios!

Pablito sacó de su zurrón el pan y lo dividió con el pobre, el cual, después de haberle dado gracias, le dijo:

—¡Dios te bendicirá, pues tienes piedad, de los pobres!

—Nada de particular tiene lo que he hecho, pues tenéis hambre, y yo tenía bastante con la mitad del pan que me ha dado mi amo.

El mendigo se puso a comer con ansia, y viendo un peral cargado de hermosa fruta, dijo a Pablito:

—Toma este palo, ve al peral, y derriba tres o cuatro peras, que servirán para aliviar mi sed.

—El peral no es mío: es de mi amo, y tengo el encargo de guardar sus frutas: si os diera alguna pera, robaría a mi amo, faltando de ese modo a mi deber.

—La falta de tres o cuatro peras no puede notarse, ni disminuye la riqueza de tu amo.

—Pero aunque no se note—añadió el niño—, no por eso





dejará de ser un delito, y yo no falto por nada a mi deber.

El mendigo se levantó y dijo:

—Puesto que no quieres dárme las, yo me las tomaré.

—¡Eso no—dijo Pablito—, porque yo os lo impediré!

Marchóse el mendigo refunfuñando, y Pablito se quedó tranquilo guardando su manada, con la satisfacción del que ha cumplido con sus obligaciones.

Al cabo de varios días se le acercó una anciana muy encorvada y dijo al niño:

—Mira: no quiero engañarte, soy el hada de la montaña, y vengo a advertirte, puesto que eres buen muchacho, el peligro en que tanto tu padre como tú os encontráis. Cuando tu padre no pudo pagar el precio de los arrendamientos, el propietario, que, como sabéis, es un usurero, le hizo firmar un pagaré de cuatrocientas pesetas. Pasado mañana cumple el plazo, y si no paga dicha cantidad, se verá reducido a prisión.

Pablito, muy afligido, se echó a llorar y exclamó:

—¡Dios mío, no nos abandonéis en tan difícil trance!

—Puedo remediar tu mal—dijo el hada de la montaña.

—¿Cómo?—dijo Pablito.

—Nada más fácil—respondió la vieja—: aquí en este bolsillo encontrarás cien escudos de oro, con los cuales puede tu padre pagar la deuda, recuperando de ese modo vuestra cabaña, la manada de pavos y el campo de los frutales, y también podréis poner una cruz de hierro en la tumba de tu madre.

—¿Y qué tengo que hacer para ganar esos cien escudos?

—Nada más sencillo: aquí tienes la bolsa, que es tuya, y esta cajita que contiene unos polvos blancos. Cuando te retires a la cabaña tienes que pasar por los sembrados del usurero y por los viñedos que tiene al lado; coge estos polvos,

espárcelos sobre la mies y sobre las cepas, y mañana cuando amanezca la mies estará perdida, y los viñedos secos. De esa manera puedes vengarte de las injusticias del usurero.

Pablito contestó al hada:

—Dios nos manda que no hagamos mal al prójimo. Verdad es que el usurero ha causado nuestra ruina; pero el mal no se debe pagar con el mal.

El hada entonces, despojándose de sus

harapos, se presentó vestida con un traje de tisú de oro, y abrazando a Pablito le dijo:

—Querido niño, he querido probarte hasta lo último: yo soy el caballero que se te presentó invitándote a que por una moneda de oro abandonarás la manada y me acompañaras al castillo de los Condes; soy también el mendigo con quien partiste tu pan, y que te pidió las peras que no te pertenecían. Ahora, al darte la noticia

de la próxima prisión de tu padre, he querido despertar en ti sentimientos de venganza; pero he visto que permaneces fiel a las sanas doctrinas que te han enseñado. En recompensa, toma estos dos bolsillos: paga con el uno las deudas que tenéis, y recupera con el otro los bienes perdidos.

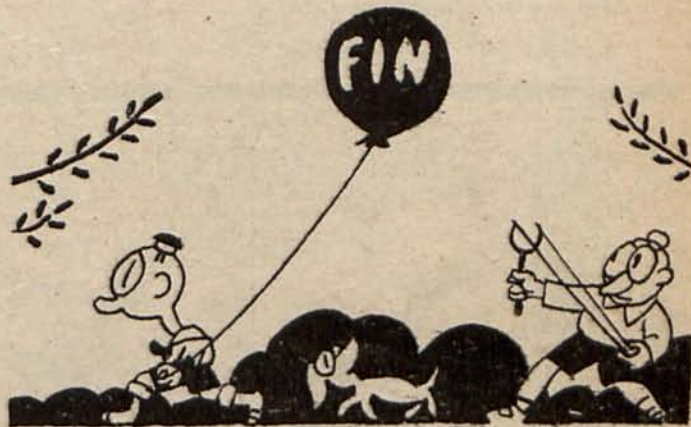
\*\*\*

La generosa hada tocó con su varita en una piedra, que se convirtió en una hermosa carroza de plata, en la cual subió y desapareció.

Pablito dió gracias a Dios por tan abundantes e inesperados beneficios, y fué en busca de su padre.

Juntos los dos marcharon a la ciudad, donde pagaron al usurero y recuperaron los bienes perdidos. Se dirigieron después a casa de un herrero y compraron una cruz, que piadosamente llevaron al cementerio y colocaron sobre la tumba de la madre del joven.

Dios protege con el premio de la vida a los que son fieles en el cumplimiento de sus deberes hasta la hora de la muerte.





# QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Buenos días, querido Chonón ¿te vas de viaje?

—Ya lo ves. Tengo hechos todos los preparativos para emprender esta misma noche un viaje de recreo. Supongo que tú, como siempre, me acompañarás. ¿No es así, amigo buho?

—Con una barbaridad de gusto. Ya sabes que el viajar es mi debilidad. Y contigo aun la satisfacción es mayor.

—Muchas gracias. Por mi parte no hace falta que te diga que no sé ir a ningún sitio si tu no me acompañas. Bellas son para mí todas las atracciones de un viaje, encantadores los paisajes que van desfilando, como en la pantalla de un cine, por el horizonte que deja ver la ventanilla del coche de un tren, todo ofrece para mí motivo de delectación y de bienestar, pero las explicaciones que me vas dando de las cosas que vemos en el viaje constituyen el mayor de los atractivos.

—Quiere decirse que debo de preparar también la maleta ¿no es eso?

—Y con rapidez, porque el tiempo que queda hasta la salida del tren no es mucho.

Bueno, pero ¿se puede saber a dónde vamos?

—Eso es lo de menos. No seas curioso. Cuando llegemos al destino ya lo verás.

—No es por curiosidad por lo que te lo pregunto, pero comprenderás que según que el viaje sea corto o largo, así he de hacer los preparativos.

—Desde luego es corto, Vamos a la sierra a descansar unos días en un pueblillo donde Pinocho el gran Pinocho! tiene un hotelito.

—¡Ah! ¿Pero vamos con Pinocho?

—El nos espera allí, en su hotel. Quiere que pasemos unos días en su compañía disfrutando de las delicias del campo. Iremos de caza, pescaremos, haremos excursiones en burro, merendaremos en las fuentes, pintaremos y haremos qué se yo la de cosas que me anuncia en su carta. Tú ya sabes lo que es Pinocho. No para un instante, y en plena libertad campestre Pinocho aun se superará a sí mismo.

—Ni una palabra más. Contigo y con Pinocho voy yo aunque sea al fin del mundo. Voy en seguida a arreglar mi maleta. Pero oye, ahora que me acuerdo ¿y nuestra charla de hoy? ¿no sabes que tenemos que dedicar un rato a nuestra charla?

Es verdad. Con el entusiasmo del viaje se me había olvidado a mí, también. Pero si nos entretenemos en charlar, adiós el tren. Se nos vá. ¿Qué hacemos?

—Qué quieres que hagamos. Hay que cumplir con nuestra obligación antes que nada. Dejemos el viaje para mañana. Un día más, no importa. No te pongas triste por eso. Anda, dime, curioso Chonón ¿qué quieres saber hoy?

—Se me ocurre una idea. Vete a arreglar tu maleta, vuelve en seguida y en el tren charlaremos ¿no te parece que es igual hablar aquí, que en cualquier otra parte?

—También tienes razón. Voy volando.

—Ya estamos en el tren ¿de qué vamos a hablar hoy?

—De una cosa relacionada con nuestro viaje. Quisiera saber si es posible y ¿fácil medir una altura sin necesidad de subir a ella.

—Posible lo es siempre, y fácil según el objeto que quieras medir y el sitio donde se halle.

—Para que lo comprendas te diré que lo que yo deseo medir es la altura de la torre de una iglesia. Ya habrás adivinado que me refiero a la torre del pueblo a donde vamos.

—Eso es sencillísimo. Con un espejo, o una cazuela con agua, o simplemente con un objeto que refleje, como una hojalata o un cristal, tienes bastante.

—Será muy sencillo el procedimiento pero necesito que me lo expliques.

—Pues atiéndeme bien. No te distraigas mirando el paisaje porque si no te quedarás en ayunas.

—¡Es que es tan bonito todo este terreno que estamos cruzando! Pero, en fin, háblame que no he de perder detalle. Me volveré de espaldas al paisaje y así no me distraeré.

—Bien; pero no vale mirar a la otra ventanilla. Mírame a mí.

—No seas tirano, querido buho.

—Para medir la altura de la torre te sitúas frente a ella en un terreno que esté llano, y colocas en el suelo un espejo.

—O una cazuela con agua ¿no has dicho también?

—Lo mismo dá; pero vamos a trabajar con un espejo. Es cosa que todo el mundo puede tener. Quizás con más facilidad que una cazuela con agua ¿no te parece?

—Desde luego. Ya tenemos el espejo en el suelo. ¿Qué hacemos ahora?

—Ante todo hay que procurar que el espejo esté perfectamente horizontal y nivelado.

—¿Y a qué distancia de la torre coloco el espejo?

—Aproximadamente a la que tú calcules que viene a ser la mitad de su altura. Pero a ojo de buen cubero. No precisa en este cálculo una exacta medida. Una vez el espejo en el suelo te colocas tú de pie frente a él, de modo que el espejo quede en línea recta entre tí y la torre. Luego te vas apartando del espejo hasta que veas reflejarse en él toda la torre. Hecho esto mides la altura que hay desde tus ojos hasta tus pies, la que hay desde tus pies hasta el espejo, y la que separa el espejo del pie de la torre. ¿Lo comprendes?

—Perfectamente.

—Pues ahora solo te queda por hacer la proporción siguiente:

La distancia que te separa del espejo, es a tu altura (o sea a la que hay de tus ojos a tus pies), como la distancia del espejo al pie de la torre, es a la altura de dicha torre. En esta proporción solo la última medida es desconocida y la hallaremos fácilmente.

—¿Cómo?

—Fíjate y verás. Suponte tú que tu altura es de un metro, la distancia que te separa del espejo dos metros, y la que separa el espejo del pie de la torre son catorce metros, pues multiplicaremos, como se hace en las proporciones, dos metros por catorce, y el resultado lo dividiremos por uno.

—Entonces la altura de la torre será de veintiocho metros.

—Exactísimo. Estás hecho un gran matemático Chonón.



# COLABORACIÓN PINOCHISTA

## DEL MES DE SETIEMBRE

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Figura yacente.—José Mario



Abderramán III  
V. Tacón



En el Club.—Pilar de Arróspide



Pirula  
P. Santoyo



El vapor del práctico  
M. O. J.



Un bonito caballo  
Josefina Zubia



A la compra  
C. Salvador  
9 años



La casa de Pinocho  
Pedro Rodríguez



Un amigo de confianza  
Ladislao Rodríguez



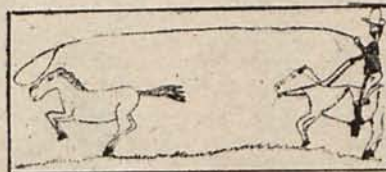
Aldeana.—V. T.



Un bandido  
Román Jugo



¿Dónde está  
el amo?  
A. Bobo



En la pampa.—Luis Valera



Pinocho  
F. Gall



Puesta de sol.—Pedro R.



Dos alaveses.—J. Ant.º Urgoitia



La Parca  
Manuel Bada



¡Guerra!—José A. Urgoitia



Mimi, Totó y Lulú  
Aurorita Carrasco



Extremefia  
Inés Jaraquemada



Sagi Barba  
Gregorio Méndez



Castillo  
B. Montuenga



En calayo de  
mi pueblo  
Miguel Martín



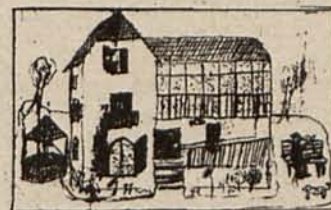
Ton  
Nieves Bandrés



Un explorador  
A. Ripoll



Una flor  
F. G. H.



La casa de campo de Pinocho  
Joaquín B.



Linda cabecita  
I. J.



Paisaje  
Manolo Rodiles



Un perro en carrera  
Aquilino Bobo



Tín y Ton  
Teófilo Marugán



Las salinas de S. Fernando  
Emilia Sevillano



Mi casa  
Saturnino Lorenzo



La Pela  
Arturo Alonso



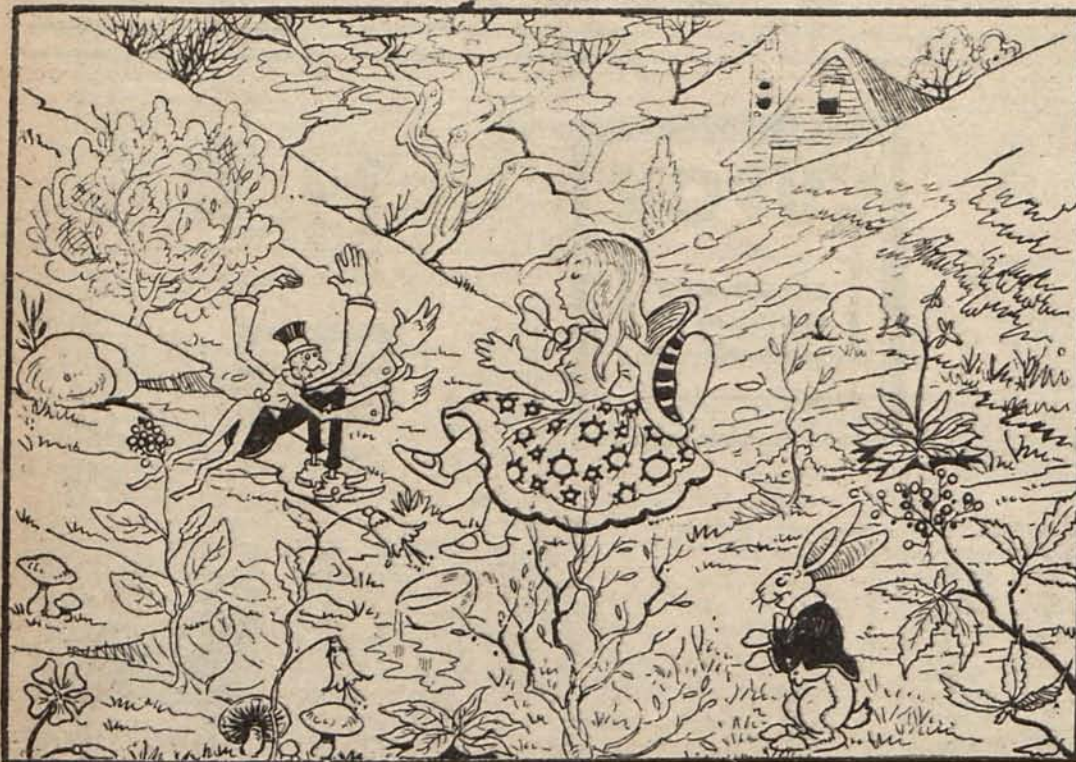
Pinocho  
Rafael Raya

# CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

## DEL MES DE SETIEMBRE

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

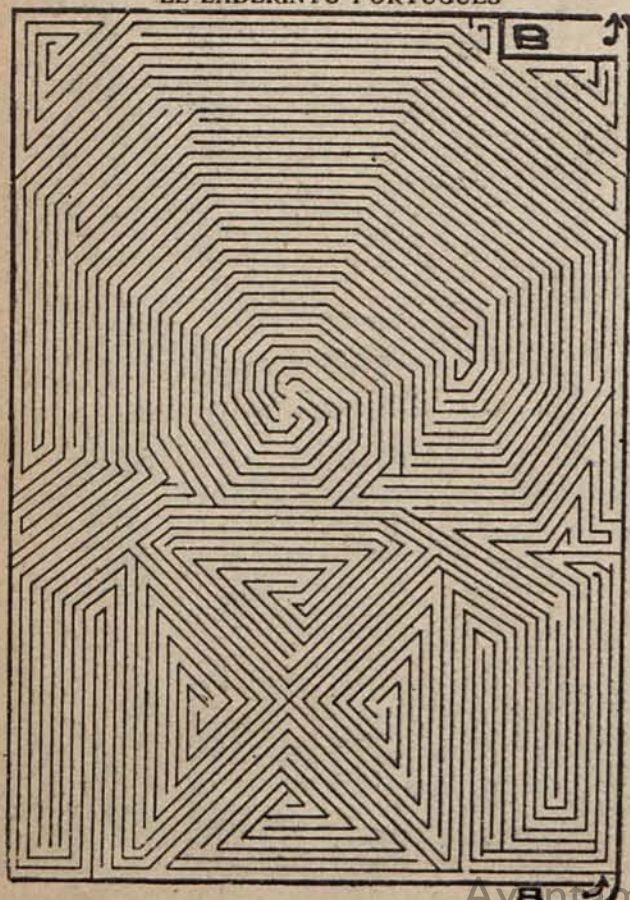
### LAS CABEZAS



Cuatro hermanos se fueron un día de paseo pero cuando quisieron volver a casa se dieron cuenta de que estaban perdidos. Menos mal que una niña que pasó por aquellos lugares les sacó del atolladero.

¿Sabéis dónde están?

### EL LABERINTO PORTUGUÉS



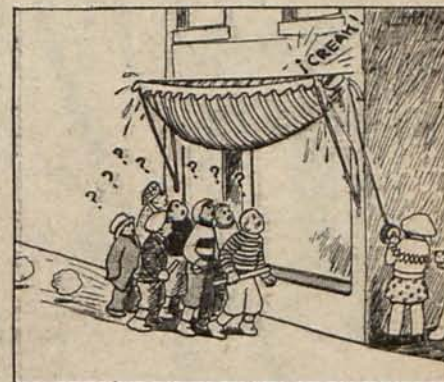
¿Qué camino hay que seguir desde A para llegar a B?

### EL PESCADOR



La cuerda del pescador está enganchada en un formidable animal. Trazar líneas siguiendo el orden de los números y sabréis cual es.

# ANITA BUEN- CORAZON



# SECCIÓN PIRULA

Charles de Pirula... bordadora

## BLANQUITA Y SUS MACETAS



ocurrir a ninguna de vosotras) pero en cambio ha indignado a otra de mis Pirulindas, a Blanquita.

Este nombre de Blanca, lo mismo que el de Luisita, no necesita ni traducción ni explicación; pero si necesitan una pequeña disculpa los padrinos que le pusieron nombre a Blanquita; ellos no podían prever que el baby blanco, rosa y rubio al que sacaron de pila, se había de convertir a los pocos años en una niña de pelo como el ala de los cuervos y de piel cobriza, en una palabra, en una verdadera gitanilla.

El contraste entre su nombre y su personita, no aflige, a Blanca, sin embargo; rubia o morena, blanca o negra, ella sabe que lo principal en una niña (después de la bondad, el trabajo, la alegría, la docilidad y varias cualidades más, que a ella no la faltan) es ser algo bonita; y como ella de bonita tiene bastante, pues lejos de enfadarse se ríe cuando sus hermanos mayores, por broma, la llaman «Blanca y Negra».

La indignación de Blanquita ante la idea de las flores comestibles, es porque las flores son precisamente el gran amor de su vida; no puede sufrir que se las haga daño como ella dice. Como que no admite que se corten para adornar habitaciones o para llevarlas puestas; y cuando quiere hacer un regalo de flores, regala... una maceta. De este modo, las flores regaladas, en lugar de morir en seguida de muerte cruel, siguen viviendo dichosas y tranquilas, meses y hasta años y acaban por morir naturalmente cuando les llega su hora.

De este modo, también, la persona que recibe las flores, puede conservar mucho tiempo, y no dos o tres días solamente, el recuerdo del regalo y del

donante. ¿Verdad que no está mal la idea? Si tenéis ocasión, os aconsejo que la pongáis en práctica.

Si tanto quiere Blanquita a todas las flores en general ¿cómo querrá a las suyas?

Sus flores son unas cuantas macetas que convierten el balcón de su cuarto en un jardincillo colgante y a las que ella misma cuida con el esmero que es de su poder.

Todas las noches, antes de acostarse, su última ocupación consiste en coger una regadera de cristal, llenarla de agua y «dar de beber» a sus macetas; todas las mañanas, al levantarse, para sus macetas es su primera mirada.

La idea de que alguien pudiera hincarle el diente a una flor, o aderezar sus pétalos con aceite y vinagre, la hace estremecerse de horror; algo así de lo que sentiría una pastora, de esas de cuento, de esas que lavan sus ovejitas con agua de Colonia y las adornan con cintas de seda si le quitasen su cordero predilecto para matarlo y servirlo asado.

Y la verdad es que está justificada la adoración de Blanca por su jardín; gracias sin duda a sus cuidados, sus macetas son verdaderas maravillas; tiene unas rosas de té, finísimas y otras blancas que parecen de porcelana; tiene unos claveles de un rojo tan oscuro que casi resultan negros, y otros blancos, jaspeados con mucha originalidad.

(Ya sabéis que jaspeado quiere decir que parece jaspe, que es una piedra con vetas, o sea con rayitas.)

También posee una enorme hortensia azulada y unos pensamientos que tienen la calidad del terciopelo.

Sus macetas casi le sirven a Blanquita de muñecas; como con muñecas, o sea como con juguetes, se entretiene con ellas; y las quiere como si fueran muñecas, o sea como si fueran hijas suyas.

Lo curioso es que su maceta predilecta no es precisamente la más bella; mas que a las elegantes rosas, a los orgullosos claveles, a la pomposa hortensia y a los suaves pensamientos, quiere ella a su sencillo geranio rosa.

¿Por qué? ¡ah! eso lo ignora, sin duda lo ignora la propia Blanquita; y no estoy muy segura de que se haya siquiera dado cuenta de esta preferencia; en todo caso no se la ha confiado a nadie, y yo la he adivinado solamente porque para mí todas las Pirulindas tienen «el pecho de cristal» y leo en sus corazoncitos como en libros abiertos.

Y al ocurrírseme hacer un motivo de labor con una de las macetas de Blanquita, he elegido por modelo el geranio, segura de que con esto le proporcionaré a Blanca una doble alegría.

El tiesto se hace con una aplicación de tela marrón, pegada a punto de festón; las flores pueden bordarse sencillamente, sobre la prenda que se haya de decorar, pero el efecto será más logrado si se sigue para ellas el mismo procedimiento que para el cacharro; es decir que lo mejor es hacerlas con una aplicación de seda rosa, pegada a punto de festón, y en la cual se bordan a punto de cordón, con hilo de seda finísimo, el contorno de las florecillas.

Y ya puede bordar Blanquita (y vosotras todas) en sus vestidos, en sus sombreros, en cualquier prenda que sea, una muestra de «su jardín», este jardín que iguala, ante sus ojos, aquellos famosos jardines de Babilonia que los antiguos tenían por una de las siete maravillas del mundo.

Otra maravilla sorprendente, no solamente por su belleza, sino por las cosas extraordinarias que en él sucedían, era el jardín de la reina Florinda, la mamá de las princesas Rosita, Violeta y Jazmina.

De éste, quizá no hayáis oído hablar nunca, porque no se trata como el de Babilonia, ni como el de Blanquita de un jardín real, sino de un jardín de cuento.

¿Queréis que os cuente ese cuento? ¡Pero si no me queda ni pizca de sitio en esta página!

En fin, si sois muy buenas durante toda la semana, os lo contaré el domingo próximo.



GALLANDO

